

CORPORALIDADES DISIDENTES: LAS HERRAMIENTAS DEL AMO NUNCA DESTRUIRÁN LA CASA DEL AMO

POR ANDREA REINOSO

Hay muchos cuerpos distintos pero nos resistimos a que ninguno escape a ser (de) hombre o (de) mujer: dos únicas posibilidades para una enorme cantidad de materializaciones corporales diversas.

MERI TORRAS (2007).

Jueves, 21 de mayo de 2015, Cuenca. De uno de los extremos del Mercado 9 de Octubre, por donde se accede a los parqueaderos subterráneos, sale Daniel Coka. Su pomposo vestido fucsia lleno de vuelos se levanta con el viento del lugar, lleva puesto zapatos de tacón aguja y una gorra de militar (kepi). Sostiene una bolsa de maíz en sus manos para alimentar a las palomas que siempre están en la plaza. Ascende por las gradas del estacionamiento subterráneo como una quinceañera que ve descubierta su hermosura y su cuerpo de mujer en los ojos de los invitados de la fiesta. Uno de los amigos de Coka le pasa una botella de champagne Grand Duval, una de las marcas más populares y baratas del mercado ecuatoriano; alguien exclama: “¡qué vivan los novios!” y lanzan el maíz como quienes arrojan el arroz a lxs recién casados al salir de la iglesia. Coka y su pareja se besan y brindan “de a pico”, es decir, tomando directamente de la botella con los asistentes.



Sin título, Daniel Coka. Plaza 9 de Octubre, Cuenca.
Foto: Andrea Reinoso

¿Qué nos dice ese cuerpo travestido?, ¿qué nos propone esa identidad *queer* que festeja en medio de la plazoleta de un mercado cuyo nombre empieza con plaza cívica y que tiene alrededor de ochenta años de existencia en una ciudad caracterizada por su devoción católica? El cuerpo *queer* de Coka en medio del mercado es un detonador de discursos y preguntas.

La ciudad de Cuenca es una de las más católicas del país, lo que hace que todo tipo de disidencia sea condenada y rechazada de manera inmediata. La historia de vida de Coka es propia del lugar que habita; por su condición sexo-genérica diversa, su núcleo familiar se vio afectado, su familia no aceptó la idea de un hijo hombre que no les fuera a dar nietos, porque en este país, como en muchos otros, la única familia posible es la nuclear, compuesta por padre hetero, madre hetero e hijos e hijas hetero. En una ciudad en la que toda la masa de corporalidades actúa de manera uniformada, el cuerpo disidente, el cuerpo raro, el cuerpo *queer* es inmediatamente señalado por el “ojo del poder”¹.

El *queer*, ese territorio tan poco —o casi nada— transitado en el cotidiano nacional ecuatoriano, mucho menos en el cuencano, se manifiesta en esa plaza del mercado como una realidad viva, que existe y habita ese mismo territorio en el que es negado e invisibilizado por el poder coercitivo masculino, que jamás aceptará que uno de los suyos se vaya al bando de los feminizados, es decir, de los cuerpos inferiorizados. Es por eso que las faltas o atentados en contra de la virilidad, traicionar el pacto de semen,² es fuertemente castigado. Vivimos en una sociedad que ve con indiferencia la muerte de cuerpos *queer* “parece ser que esta sociedad no quiere que sus hijos sepan nada, prefiere que sus hijos *queer* cumplan con las normas o que mueran” (Kosofsky Sedgwick, 2002, p. 31).

Queer es el cuerpo que encarna la subversividad total de la imposición binaria sexo-género, es la materialización del miedo que siente el patriarcado ante la posible fragmentación de su discurso hegemónico. “Las personas *queer* desestabilizan los cánones universalistas, transgreden los patrones unívocos y subvierten de forma sistemática sus propios límites y los códigos dualistas que definen los comportamientos heteronormativos” (Mérida Jiménez, 2002, p.18).

Es totalmente simbólico que esa corporalidad *queer* ascienda por las gradas de un subterráneo en la performance, por el discurso que ese cuerpo construye en ese espacio. Lo subterráneo, lo *under*, lo que está bajo tierra, lo que no se ve, lo que está oculto y también lo que ha sido enterrado. El subterráneo, el lugar de la muerte pero también de donde surge la vida. Desde lo oculto emerge este cuerpo a la luz, se presenta ante los ojos de una ciudad que lo ha negado y, no contento con la transgresión de autovisibilizarse cuando el poder lo ha invisibilizado, este cuerpo *queer* se casa con un gay. ¡Irreverencia total!, ¡la fiesta de los marginales!, porque los asistentes eran performerxs, vendedorxs del mercado, cargadorxs, prostitutxs, borrachxs. Todxs festejando ante los ojos del poder representado por los policías municipales y las beatas que miraban con asombro y asco el beso entre Coka y su novio. Esos cuerpos están allí, vivos, y festejan la vida.

¹ Término utilizado por Foucault.

² Término utilizado por Rita Segato

Coka, con su vestido quinceañero, sus tacones y su gorra militar está presente para burlarse de la masculinidad hegemónica simbolizada en esa gorra. Una masculinidad tan absorbente y abrumadora que hace posible la idea de que, en cualquier momento, un cuerpo macho pueda acercarse a golpearlo o incluso matarlo. Pero allí está Coka, en medio de la plaza, poniendo el cuerpo. “Ser un superviviente en este escenario significa haber subsistido dentro de las amenazas, los estigmas, la espiral de violencia contra gays y lesbianas y (tras la aparición del sida) la omnipresencia del miedo somático y del dolor desgarrador” (Kosofsky Sedgwick, 2002, p. 31). Porque, como lo dice Despentes, “desde siempre, salir de la jaula se ha visto acompañado de sanciones brutales” (Despentes, 2011, p. 20).

Queer: “confundir los géneros es dificultar la certeza de una práctica sexual legal y autorizada” (Torras, 2007, p. 14). Desmontaje de discursos oficiales. Eso hacen estos cuerpos disidentes. Ya Butler (2002) cuestionó la creencia de que el sexo, al concebirse como biológico, es natural y, por ende, algo dado. Ella plantea que lo que se llama biológico es nombrado desde la cultura, por lo tanto es también una construcción cultural, como el género. “No hay diferencia entre sexo y género sino que ambos se refieren a una materialización determinada de los cuerpos y surgen a la vez fruto de una diferencia discursiva de orden cultural”³ (Torras, 2007, p. 15).

A pesar de que la materia es previa al discurso, como lo dice Butler (2002), el discurso la condiciona antes de que esa materialidad se encarne. Es decir, apenas una persona nace, sus padres ya le ponen nombre, se imaginan cómo será, le escogen la ropa, etc., y eso es peligroso, ya que, como explica Torras (2007), el uso del lenguaje supone cierto esencialismo, porque el lenguaje, a través del acto de nombrar, materializa el binario hombre o mujer.

“La materia está completamente sedimentada con los discursos sobre el sexo y la sexualidad que prefiguran y restringen los usos que puedan darse al término” (Butler, 2002, p. 56). Entonces, Mery Torras (2007) nos plantea que la naturalización de la materialidad del cuerpo es el primer efecto del discurso con su poder controlador y determinante sobre la materialidad. Y esta naturalización trae consigo una serie de efectos que influyen en la determinación de la sexualidad, género, relaciones sociales, etc. En este sentido, el cuerpo se convertiría en un texto sobre el cual se inscribe un discurso; pero la misma materialidad del cuerpo también es un texto que comunica.

Somos nuestro cuerpo, pero ¿qué tan nuestro es, si somos una construcción de la ideología dominante, si nuestros gestos y roles y por ende actos responden a un patrón impuesto y naturalizado, si el mercado controla los cuerpos? ¿Acaso el cuerpo está totalmente condicionado por el discurso? “El espacio corporal nos llega cruzado por una pluralidad de discursos [...] cuyo conocimiento del cuerpo despliega estrategias de representación vinculadas al saber/poder (y al poder saber)” (Torras, 2007, p. 15).

Mi cuerpo habla por mí y habla de mí, pero yo controlo ese relato solo en el momento en el que identifico todos los discursos opresores que controlan mi cuerpo. Solo desaprender me dará la capacidad de

³ Meri Torras, refiriéndose a los postulados de Butler.

accionar. Solamente cuando yo recupere la autonomía sobre ese territorio, controlaré el relato de mi cuerpo y, por ende, también podré controlar mi representación.

Cuando Gustavo Solar en su *Manifiesto N°2* (2015) dice “yo soy un manifiesto mestizo, refutable, irresuelto y sucio”, ese *sucio* me hace pensar que el cuerpo no es una página en blanco, está contaminado con toda la carga discursiva que se encarna en nosotrxs desde que nacemos. He ahí la importancia de desaprender, de reinventarnos y sobre todo resignificarnos, porque lo hacemos desde lo que han hecho con nosotrxs; nos resignificamos a partir de cómo hemos sido nombrados. Hay que dejar de ser copias sin original.